



## ¡NO!

**Antonio Hermosa Andújar**  
(Universidad de Sevilla)

Venezuela aún sigue con su fascista en el poder pero, “por ahora”, ha conseguido frenar la creación de un régimen fascista. Hacia él marchaba por vía electoral de victoria en victoria, pero la oposición ha interrumpido la derrota final del país al sacar adelante su *No* con un 50,7% de los votos, frente al 49,2% oficialista. Chávez, y esto le honra, ha reconocido su derrota, pero la considera un hecho temporal y ha calificado el triunfo del no como una “victoria pírrica”. Ciertamente, eso es así si únicamente se considera la fría certeza de los números; y lo es aún más porque esa “recomendación” que se ha permitido hacer a los vencedores, luego de afirmar que su propuesta de reforma “sigue viva, y yo no la retiro”, quizá contenga una sorpresa oculta de no muy buen agüero.

Empero, si se tiene en cuenta que ha sido la primera derrota del primer y único mandatario del país en sus nueve años de gobierno, que ha frenado en seco su alocada carrera por construir una autocracia, y que ha descubierto una oposición donde antes no había nada, salvo desierto y derrota; es decir, si en vez de la agónica diferencia de votos se tiene en cuenta el significado del resultado electoral, lejos de ser “pírrica”, la victoria puede llegar a representar el principio del fin del chavismo y de su profeta, y por ello ser calificada en un futuro próximo como el hecho histórico que trajo el cambio de ruta al país.

Desde luego, en un régimen democrático, cuando un máximo dirigente promueve un referéndum vinculante, si lo pierde, dimite. A eso se llama responsabilidad política. Y si dicho referéndum, además, conlleva la trampa de



juntar churras con merinas, el tocino con la velocidad o, si se quiere, una reforma constitucional de amplio calado, como es la posibilidad de reelección ilimitada del presidente -¡nada menos y, además, en América Latina!-, o sea, de Chávez, con medidas que podría adoptar sin más problemas el gobierno de turno, dicho referéndum debería suponer la tumba política del tramposo.

Ahora bien, para eso, el tramposo debería ser demócrata, no *socialista*; y un demócrata nunca habría llegado hasta ahí; y, de haber llegado, no hubiera cerrado en un paquete único el intento de consagrar el carácter vitalicio de Chávez –no se quería un *presidente* vitalicio: Chávez sólo opta por Chávez, pero la regla debe tener una formulación general, no vaya a notarse demasiado la cosa- con medidas a las que difícilmente se puede decir que no, como la de ampliar la seguridad social a los autónomos; o con medidas que, como tomó en su momento el gobierno socialista francés de Lionel Jospin, reducían la jornada laboral de los trabajadores (y que tan difíciles de abrogar resultan hoy al actual inquilino del *Elíseo*, pese a haber sido una de sus medidas estrella en la pasada campaña electoral).

Chávez ha culpado de su derrota a la “abstención”, no a Chávez; ¿cómo puede equivocarse un líder máximo? Eso no está nunca en el programa. Desde luego, y cuando él ganó, incluso por goleada, nunca fue la abstención la que perjudicó al rival. Y tenía razón, por supuesto, pues los venezolanos estaban más que hartos de un régimen tan corrupto que, con excepción de al PRI mexicano, habría batido ampliamente a los demás mandatarios y regímenes de América Latina, Menem incluido. Y el hartazgo les llevó directamente, aunque por decisión propia, a manos de alguien con credenciales de *demócrata de toda la vida*: de un ex golpista que en 1992 quiso terminar por las bravas, o sea, *a la Chávez*, con la *partidocracia* existente. Un lema con el que repitió, pero ya desde las urnas, en 1998, en las que barrió de golpe el entero paisaje político existente, y que ya denotaba su vocación autocrática. Su fascismo –o, si se prefiere, su socialismo, que



aquí son exactamente lo mismo desde un punto de vista político-, asomaba ya ahí, en ese intento de deslegitimar a uno de los elementos clave de la democracia moderna, los partidos políticos; sólo que entonces el contexto colocó una máscara entre la realidad y el personaje que impidió a todos mirarlo por dentro.

Por supuesto, no ha culpado una política que le ha ido enajenando partidarios en un lento pero incesante goteo o que ha profundizado hasta hacerlo irrebasable el foso que le separa de la oposición; pero qué más da: ésta siempre ha estado compuesta por *antipatriotas*, puesto que se oponían a quien, nada menos, se halla *desposado con la patria*; y aquéllos, *patriotísimos* hasta ayer, son hoy los nuevos *traidores*, por haber renegado de su jurada lealtad al aspirante a Gran Hermano de Venezuela. En suma, toda una política centrada en el objetivo de la reconciliación nacional, como se ve. [Omito, por otro lado, las referencias a su política exterior, incluido su culto al santo patrón *habananero*, si bien he de confesar que ni Bush -ni su deletérea política internacional- me va a resultar mejor porque este lenguaraz caudillo lo *idolatre*, ni Ahmadinejad me parecerá menos peligroso aunque se quebrara de pronto su luna de miel con el mandarín venezolano]. Por lo demás, el ostracismo político en el que se halla la oposición en Venezuela, con sus miembros alejados de todos los cargos institucionales, y metáfora de la batalla emprendida por Chávez con sus pobres frente a los ricos, es quizá el único rasgo de su megalomanía autoritaria en la que Chávez se revela propiamente socialista –o, incluso, *comunista*- más que fascista, pues el socialismo marxista en el poder se basó en una ideología que enfrentaba a las clases mientras que el fascismo histórico intentó reconciliarlas en una ficticia unidad.

Por supuesto, decía, Chávez no ha culpado de la derrota a una política, la suya, que no consigue reducir la inflación por debajo del 17%, que no logra disminuir el desempleo, ni frenar la criminalidad, ni acabar con la escasez de productos de primera necesidad, y que ni en materia de salud o educación termina



de despuntar, pese a haber aumentado de manera casi exponencial los ingresos por el petróleo, y con ello los recursos a su disposición –se calcula que sólo para corromper Chávez dispone de un billón de dólares-.

También es verdad que, de solucionarse tales problemas, igual disminuían los pobres en Venezuela, con lo que Chávez habría acabado a la vez con su cantera de votos: el resultado político más visible de sus políticas asistenciales. No habrá *efecto Tocqueville* en Venezuela, pues con independencia de que Chávez, o sus asesores, hayan leído el texto del genio francés sobre la Revolución Francesa, él es lo suficientemente astuto como para saber que si acaba con la pobreza acaba con sus posibilidades de obtener en las urnas los votos que legitimen sus delirios de *socialismo del siglo XXI*, y ya sólo le quedaría la simple vía militar. O sea: que, gracias a Chávez, la pobreza tiene tanto futuro en Venezuela como la tuvo con sus infames predecesores (confiemos en que muchos pobres, no, y que la parte del pastel que se reparte y les llega a ellos les permita abandonar sus condiciones de penuria).

Con todo, y pese a las explicaciones del caudillo, lo cierto es que una parte de sus incondicionales de antes lo ha abandonado, para disgusto suyo y, cabe intuir, desesperación de gran parte de la izquierda latinoamericana y de una pequeña parte de la izquierda europea, tan antidemocráticas como él. Esas izquierdas autoritarias, que no cesan de alabar a la actual democracia venezolana ni a su *principal valedor* –“¿cuántas elecciones, dicen, tendrá que ganar Chávez para demostrar que es un demócrata?”-, han olvidado ya sus no tan lejanas críticas a los políticos estadounidenses que usaban ese mismo argumento para apoyar a ciertas *democracias* impresentables de Centroamérica; y, desde luego, nunca aprendieron que una democracia no sólo debe adquirir legitimidad por su origen –unas elecciones-, sino que debe mantenerla por medio del ejercicio del poder de sus dirigentes, y que cuando no sólo se desacredita, sino que se atemoriza mediante



amenazas a las minorías y a los que desertan de las propias filas, cuando se usa el odio como instrumento político con el que dividir el país, o se va concentrando paulatinamente el poder en unas solas manos, etc., ya no hay democracia que valga: aunque el uso del poder por parte del *tirano* fuera, como Pisístrato en Atenas, *en beneficio del pueblo*. Eso es y será tiranía, lo use quien lo use, y lo use donde lo use: aunque lo diga un *occidental*, vaya.

En relación con lo anterior, baste recordar que, hace años, el ex presidente de Perú Alberto Fujimori dio algunos de los pasos que desde la inauguración de su reinado está dando Chávez: convocar una asamblea constituyente para redactar una nueva Constitución que hiciera tabla rasa con el viejo orden; aprobarla plebiscitariamente, modificarla para permitir la reelección presidencial, concentrar poderes en la figura del presidente, etc. *Mutatis mutandis*, digo, Chávez ha seguido, ampliándola, esa senda, y aunque ya posee poderes casi omnímodos, tanto en materia política como económica, tanto sobre las instituciones –ejército incluido-, como en su partido, etc., le faltaba el paso que quería dar el domingo –la reelección indefinida- para apuntalar la concentración de todo el poder político en su persona (él, que se jactaba de haber creado cuatro contrapesos constitucionales con su nueva Constitución a la figura del presidente, y se jactaba de lo archidemócrata que era por ello). Todo eso Chávez lo ha conseguido dentro de la legalidad, al igual que Fujimori, pero éste fue criticado desde el principio, y con razón, por dichas izquierdas, mientras que el autócrata venezolano es celebrado como símbolo de la democracia. A uno, en este punto, le gustaría aconsejarle al presidente la lectura de Tácito, pero visto lo visto mucho me temo que sólo aprenda lo que ya sabe.

¿Cuál es la diferencia principal entre ambos? Pues que Fujimori nunca ocultó que usaría todos esos poderes para acelerar la privatización de empresas públicas y extender la liberalización económica, mientras que Chávez lo hace con



vistas a una economía planificada en la que el Estado, o sea, Chávez, haría y desharía a su antojo. Los mismos y tiránicos medios para fines distintos, en un caso vehementemente apoyados y en otro rechazados con igual vehemencia por esa izquierda instintivamente antidemocrática. Quizá el último resultado electoral les ayude a comprender que mientras en las autocracias, de manera sistemática, el fin justifica los medios, en las democracias, cuando lo son, los medios justifican los fines. Fujimori y Chávez eran, en este sentido, exactamente la misma cosa, por mucho que quisieran cosas opuestas.

Quien, por cierto, sí sabía con claridad todas estas cosas era alguien del que todo amante de la libertad es deudo: un tal Bolívar, que de algo le debe sonar a Chávez, aunque no sepa muy bien de qué. La historia, por cierto, le ha brindado la *ocasión*, que diría Maquiavelo, de convertirse en un digno émulo de aquél, pues si Bolívar fundó un Estado para la libertad, el nuevo príncipe estaba en grado de refundarlo -sepultando toda la tierra quemada en la que los antiguos gobernantes habían convertido a Venezuela- y consagrarlo a la misma diosa. Lamentablemente, el posible discípulo del Libertador se quedó en un simple Chávez, un golpista autoritario más pese a sus triunfos electorales.

Empero, quienes sí han leído a Bolívar, y en concreto su *Discurso de Angostura*, han podido encontrar allí estas palabras, que, para vergüenza de su pretendido devoto, de continuo le han aireado estos días: “Nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo a un mismo ciudadano en el poder. El pueblo se acostumbra a obedecerle y él se acostumbra a mandarlo; de donde se origina la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo, los mande perpetuamente”. ¿República *bolivariana* de Venezuela, la del tal Chávez?